

FICHA 4

El camino a la salvación: la parábola del fariseo y el publicano

Lc 18, 9 - 14



1. Leamos la Palabra de Dios



1.1. Proclamamos la Palabra

Iniciamos el encuentro con un canto y la oración inicial.

Con voz clara y fuerte se proclama la Palabra de Dios: san Lucas 18, 9-14.



Cada uno vuelve a tomar el texto bíblico. Lo leemos en silencio, escuchando a Dios que habla, y *lo marcamos* con: **a)** *el signo de interrogación* cuando no entendiendo alguna palabra, frase o acontecimiento, y **b)** *subrayo* aquello que estimo que es el tema central.

1.2. *Compartamos la vida*

a

¿Qué entiendo por la frase “Dios es mi salvador”? ¿me siento “salvado” por Dios?, ¿de qué me tiene todavía que salvar?

b

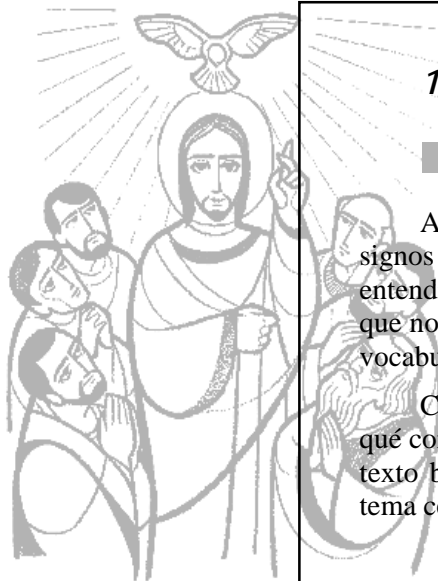
¿Qué pienso de aquellos que afirman que la salvación está sólo en el exacto cumplimiento de lo que me manda la religión?

c

¿Qué pienso de aquellos que dicen: “Yo le doy tanto a Dios y Dios no me da lo que le pido”? La conducta de Dios respecto de mí ¿depende de mis buenas obras?, ¿por qué?

d

¿De qué depende la salvación?, ¿por qué?



1.3. *Escuchamos a Dios*

A. *LOS SIGNOS...*

Ahora es el momento de poner en común los signos de interrogación: ¿por qué los hice?, ¿qué no entendí? Unos a otros nos ayudamos a explicar lo que no se comprende. Podemos ver las notas y los vocabularios de las diversas versiones de la Biblia.

Compartamos ahora lo que subrayamos: ¿por qué considero que es el tema o mensaje central del texto bíblico? Nos ponemos de acuerdo sobre el tema central y lo expresamos en pocas palabras.

B. EL MENSAJE...

a Jesús nos enseña con la parábola del fariseo y del publicano que oran en el templo *de dónde viene la salvación*. Nos deja en claro que algunos buscan la salvación por los méritos de sus buenas obras cuando en realidad la salvación viene del reconocimiento sincero del propio pecado y de la misericordia gratuita de Dios. Por que obró así, “el publicano bajó a su casa reconciliado con Dios, en cambio, el fariseo no” (18,14).

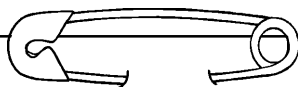
b El fariseo -según Jesús- muestra con la oración su orgullo de ser bueno y piadoso. Su diálogo con Dios consiste en hacerle saber cómo es él: “Dios mío, te doy gracias” porque no soy ladrón, injusto, adúltero (18,11). Reza dando gracias a Dios satisfecho de ser quien es.

Aun más. Continúa su oración comparándose a los otros: él no es como aquel publicano o recaudador de impuestos que, por su oficio,



es un reconocido pecador (18,11). Para demostrarlo termina su oración enumerando las obras buenas que hace para agradar a Dios: “Ayuno dos veces por semana y pago los diezmos de todo lo que tengo” (el 10% de cada producto; 18,12). A los ojos de muchos, el fariseo es un hombre muy justo porque la ley solamente manda un ayuno al año y el diezmo de los frutos principales, y no de todos los productos. Cumple, pues, con creces las exigencias de la ley de Moisés.

Lo que busca el fariseo es la salvación, y lo hace ofreciendo a Dios sus buenas obras, conquistándose con sus ayunos y el dinero de los diezmos, y no contaminándose con la gente pecadora. Por los méritos que cree adquirir al cumplir tan bien las leyes, considera que Dios “le debe” la felicidad eterna.



C Jesús tuvo muchos conflictos con algunos fariseos, sobre todo con los dirigentes de Israel y doctores de la ley. No todos eran hipócritas y de corazón malo, sin embargo, algunos fariseos -como Pablo antes de convertirse- llevaban las cosas al extremo (ver Gál 1,14; Fil 3,4-6). Vivían con una fuerte conciencia de ser “los separados” (eso significa “fariseo”) porque cumplían perfectamente la ley de Moisés y practicaban rigurosamente la limosna, la oración y el ayuno. Creían que su cumplimiento hasta los detalles los purificaba de pecados y los hacía participar de la santidad de Dios. En esta condición, no debían juntarse con los pecadores entre los que se contaba el recaudador de impuestos.



Varias veces Jesús los acusa de *hipócritas* porque no aceptan la voluntad de Dios que se manifiesta en las enseñanzas y acciones de Jesús, Hijo de Dios y Mesías de Israel, que da plenitud a la ley. Si no aceptan a Jesús es muy fácil que purifiquen su cuerpo y se olviden de la pureza de su corazón, que paguen los diezmos y dejen de lado la justicia y el amor, que anhelan los primeros puestos y no se preocupen de servir al prójimo (11,37-44). Por cumplir la ley de Dios han olvidado al Dios que dio la ley y rechazan a su Hijo que la lleva a plenitud.

La *salvación* para el fariseo de la parábola es “un premio debido”, que le corresponde por ser un hombre justo, pues con grandes sacrificios cumple la voluntad de Dios manifestada en la ley de Moisés y en las tradiciones de los antepasados. Si tanto le ofrece a Dios (ayunos y diezmos), que Dios le pague lo que merecen sus generosas obras.



d Después que Jesús nos presenta al fariseo orando, nos habla de la oración del publicano. Su conducta es diametralmente opuesta a la del fariseo. Y no sólo en cuanto a disposiciones espirituales, sino también en cuanto a lugares físicos: el fariseo está de pie y cerca del altar, mientras el publicano está inclinado, sin siquiera levantar la vista, y lejos del altar.

Jesús nos enseña que el publicano ora a partir de su verdad más dolorosa, asumida con sincero arrepentimiento por el dolor causado a Dios (Rom 12,3-5). Frente al Señor que se complace en la misericordia y la verdad, el publicano se fija en su íntima verdad de hombre pecador, en sus egoísmos y mentiras y, consciente y arrepentido, se lo hace saber a su Dios: “Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador” (Lc 18,13). La oración del publicano es una petición de perdón por ser quien Dios no quiere que sea: ¡un hombre pecador! (ver Sal 51,3-9; 65,3-4).

e Jesús se manifiesta cercano a los “publicanos” o recaudadores de fondos públicos para Roma. Con frecuencia come y comparte con ellos, lo que era mal visto por fariseos y doctores de la ley (5,30; 15,1-2; 19,2-3). Como la comida es un acto de comunión entre amigos, comer con un pecador es hacerse partícipe de su vida y su destino, por tanto, es mancharse con su pecado y hacerse merecedor de su castigo.

A los publicanos se los desprecia por *dos razones*: trabajan para Roma, imperio que dominaba a los judíos, y se los considera impíos por ser deshonestos (19,8), trabajar en el día del reposo religioso (el sábado), tocar objetos y hablar con extranjeros considerados impuros... Para un fariseo piadoso, el publicano representa precisamente todo aquello que debe aborrecer de corazón, pues es “gente que no conoce la ley y se halla bajo la maldición” (Jn 7,49).

Jesús concluye su parábola diciéndonos que fue precisamente el publicano quien volvió a su casa reconciliado con Dios, mientras el fariseo no (18,14). Desconcierta la conclusión de Jesús y surge espontánea la pregunta: ¿por qué Dios es tan injusto con un hombre tan justo como el fariseo?



f

La salvación o reconciliación no es un premio que Dios me dé por las obras buenas que hago al cumplir perfectamente sus leyes (como el fariseo; 16,15), sino un don que suscita la oferta humilde y sincera de mis verdades más íntimas y dolorosas, para que Dios rico en misericordia y santidad me purifique de pecados y me haga *un hijo para él* (como el publicano).

Ni las obras buenas ni la ley justifican por sí mismos. Dios nos reconcilia consigo gracias a la fe en su Hijo Jesús, quien -liberándonos del orgullo y del pecado- nos hace partícipes de una vida nueva sellada por el don del Espíritu Santo (Rom 10,3-4; Fip 3,9).

¿Y qué pasa entonces con las buenas obras? Las buenas obras son *el signo* de que el Señor nos está regalando su misericordia y la conversión. No son “el dinero” con el que compramos la salvación, sino *los frutos de la salvación* que Jesús nos está regalando y los signos evidentes de que actúa en cada uno de nosotros y en su Iglesia.

¡El precio de nuestra salvación es la cruz de nuestro Señor Jesucristo!



***La vida cristiana,
por tanto,
es vivir en comunión
con Jesús...***

2. Meditamos el mensaje y la vida

2.1. Los signos...

A la luz de lo compartido, volvamos a leer el texto bíblico.

Nos quedamos un rato en silencio, escuchando a Dios, y *marcamos el texto* con: **a)** un *signo exclamación* (!) cuando el mensaje de Dios interpela mi vida, **b)** un *asterisco* (*) cuando me mueve a orar (pedir, dar gracias, alabar...), y **c)** una *palabra al margen* de mi Biblia que me indique un cambio de conducta.

2.2. La meditación...

Pongamos fraternalmente en común el *signo de exclamación*: ¿por qué ese acontecimiento o palabra del texto bíblico interpela hoy mi vida?

Luego meditemos a la luz de algunas de las siguientes preguntas, cuál es el mensaje de Dios para nuestra vida:

● ***Teniendo en cuenta la conducta y sentimientos del fariseo:***

- ¿Hay algo en mí por lo que Jesús podría calificarme de “hipócrita”? ¿qué?
- ¿Cómo hago mi oración?, ¿qué cosa pido?, ¿pido hacer la voluntad del Padre?
- ¿Condeno con frecuencia a los que no son como yo?, ¿cómo reacciono ante un hermano que se aleja de la comunidad o deja de vivir su fe?

● ***Teniendo en cuenta la conducta y sentimientos del publicano:***

- ¿Dialogo con el Padre para descubrir mi verdad más íntima?, ¿en qué ocasión ocurrió así?
- Después de orar, el publicano “bajó a su casa reconciliado con Dios” (18,14)..., y después de mi oración, ¿qué pasa conmigo y los que me rodean?, ¿comparto lo que el Señor me regaló en la oración?
- ¿Por qué después de orar a veces sigo mal, confundido, con mal carácter, gritando y peleando con los de mi casa?, ¿fue sincera mi oración?



3. Oramos el mensaje y la vida

Nos detenemos ahora en las palabras o frases marcadas con *asteriscos* (*), que nos mueven a la oración. Asumiendo lo meditado, y teniendo en cuenta nuestra vida personal y comunitaria, con sus necesidades y esperanzas, oramos, alabando al Señor pidiendo lo que necesitamos, dando gracias...

Nos puede ayudar a orar el *Salmo 127 (126)*:

“Si el Señor no construye la casa”

4. Practicamos la Palabra

Revisemos ahora las palabras que pusimos al *margen de nuestro texto* para indicar acciones que el Señor nos está pidiendo. Compartamos por qué escribimos esa palabra explicando cuál será nuestro compromiso.

Terminamos el *Encuentro* con una oración y un canto, y -si se estima conveniente- un momento de convivencia compartiendo la mesa en familia o comunidad.